

Lo natural

No recuerda cuándo empezó a sonar. Han transcurrido semanas, quizás algunos meses, y aun así la melodía continúa sobresaltándola en los momentos más inoportunos. Ocurre mientras limpia las habitaciones, cuando camina de puntillas sobre el suelo recién fregado, también en los instantes de descanso, ya sea durmiendo la siesta en el sofá o justo tras encender el televisor y buscar un programa que pueda distraerla.

Siempre la misma música: el eco repetitivo y fugaz de una guitarra; los acordes tienen un olor antiguo, como si en lugar de cuerdas hubiese que rasgar finas líneas de polvo que se perdiesen en el aire nada más rozarlas. Sabe de dónde procede, sabe que el viejo transistor se encuentra guardado en uno de los cajones del armario, lo ha agarrado en más de una ocasión, ha comprobado que no está conectado a la corriente, que no hay pilas ni una batería que le permita funcionar.

Y a pesar de ello sucede, por supuesto que sucede.

A veces se pregunta si es producto de su imaginación. Le gustaría conocer la respuesta. Al fin y al cabo no es la única persona que vive allí. Bastaría con formular la duda en voz alta mientras está cuidando de ella, sin embargo, nunca encuentra la oportunidad.

Podría haberlo hecho la noche anterior, cuando tuvo que acompañarla al cuarto de baño. La guitarra comenzó a sonar mientras la ayudaba a caminar pasillo arriba, sujetándola del brazo y haciendo frente a un esfuerzo cada vez mayor porque sus huesos también empezaban a estar cansados. Pero lo hacía, es que tenía que hacerlo, le atenazaba el miedo a que cayese antes de alcanzar la puerta y que quedase tendida en el suelo, llorando y gimiendo como si se tratase de una niña pequeña, un bebé encerrado en un cuerpo nonagenario, como ya había ocurrido en otras ocasiones.

Después, llegaba la espera. Quería estar sola en el baño, así que no tenía más remedio que aguardar junto a la puerta.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? — preguntaba cuando ya se había consumido un tiempo prudencial.

—Déjame tranquila — respondía la voz anciana desde el habitáculo.

Era un tono gastado, acaso tan viejo como el de la música. Ambas vibraciones parecían mezclarse hasta acabar fundiéndose en una sola realidad que le martilleaba los pensamientos, aturdiéndola hasta que irrumpía el sonido de la cadena del retrete.

De nuevo a sujetarla del brazo, de nuevo a acostarla en la cama con sumo cuidado, soportando los lamentos pronunciados entre dientes.

—Así no, que me vas a matar, me haces daño, que eres una inútil, la próxima vez no me acompañes si lo vas a hacer así.

No, no va a preguntarle si también escucha la melodía, porque intuye que la respuesta será hiriente. Aprovechará para humillarla, quizás la tilde de loca o de estúpida, como ya hace cuando escupe la comida que se ha esmerado en prepararle o cuando le estruja la esponja en cada poro de su piel con la intención de arrancarle la suciedad.

—Está fría, ¡el agua está fría!, ¡cierra el grifo! — grita con fuerza inusitada, una violencia que emerge de ese cuerpo tan lleno de arrugas y de manchas.

Y no está fría, claro que no está fría, el agua sale caliente o incluso muy caliente y la ducha se ha cubierto de vaho, pero obedece y cierra el grifo. Y con la misma actitud utiliza la toalla para secarla y que no quede ni una gota resbalándole por la frente o la espalda.

Se ha acostumbrado a agachar la cabeza, a no preguntar, a convivir con la duda y a mantener su existencia en una pausa que se antoja eterna.

La melodía suena y a ella no le importa.

Sale de casa media hora antes de la cita. Le pesan las piernas y las agujetas le mastican los músculos, pero aún así su caminar es rápido, decidido.

Ha pasado buena parte de la tarde frente al espejo, tratando de disimular el tono pálido de sus mejillas salpicándolas de maquillaje, aunque no ha encontrado solución para las canas que empiezan a poblar su pelo.

Estaba a medio vestir cuando timbraron en casa. Recibió a la chica esbozando una sonrisa, acto seguido le mostró las estancias:

—Este es el salón, puedes descansar y encender la tele cuando te apetezca. Esta es la cocina, he dejado cena preparada, además, ella no come demasiado, así que no tienes que preocuparte. Este es el cuarto de baño, te pedirá ir más de una vez; ten paciencia. Y este es el dormitorio... — el tono se le fue ensombreciendo a medida que se aproximaba a la habitación; sabía que estaba sentada en el filo de la cama, esperando la llegada de la muchacha con el ceño adusto y un reproche goteándole de los labios.

Prefirió no entrar. Sacó el dinero de la cartera, contó los billetes, se los entregó a la chica y cruzó la puerta de casa alegando que se le había hecho tarde.

No era cierto, tenía tiempo de sobra. Si mintió fue por un único motivo: el miedo a que la situación la acabase superando. Le aterrorizaba que una respuesta violenta la atase en casa, que la negativa resultase salvaje y temible. Por eso corre calle abajo, y por ese mismo motivo se detiene en seco cuando nota el zumbido del móvil en el bolso.

Por un momento piensa en no contestar. ¿Y si ha ocurrido algo? ¿Y si se ve obligada a volver, justo ahora? Sí, está convencida de que va a escuchar la peor de las noticias, y no le quedará más remedio que cancelar la cita.

Su respiración se desboca cuando introduce las manos en el bolso. Siente un profundo alivio al comprobar que la llamada no proviene de casa:

—He tardado en encontrar aparcamiento y me retrasaré un poco, ¡perdón!

La cadencia de las palabras tiene un efecto excitante en su ánimo, le hace avanzar con mayor premura, el peso en las piernas se alivia o incluso desaparece.

Una vez en el restaurante esa sensación gana en intensidad, sobre todo cuando aparece el hombre. Viste con una camisa impoluta, sin una sola arruga, el cuello cubierto por una bufanda que acaba doblando y colocando sobre las rodillas nada más tomar asiento. Su piel desprende un olor a perfume que empapa el ambiente. La sala está a media luz y los camareros hablan casi en susurros.

A lo largo de la cena mantienen una conversación en la que ambos comparten anécdotas y chascarrillos, aunque ella calla y asiente cuando él habla sobre el trabajo, la rutina en la oficina y las tareas que teme abandonar ahora que está cerca de jubilarse. El hombre se ajusta los puños de la camisa después de cada aseveración y pide rellenar la copa de vino hasta en tres y en cuatro ocasiones. Y así transcurre la velada, rápida, fugaz, como si en realidad no hubiese sucedido.

—¿Conoces el bar de aquí al lado? Es un lugar tranquilo, ¿te apetece una copa? — pregunta él tras invitar a la cena.

Ella responde que no de manera tajante, atragantándose con su propia saliva. Ni siquiera reflexiona la posibilidad, basta con el recuerdo de la noche anterior para descartarla inmediatamente.

Estaba en el salón, poniéndole una pastilla debajo de la lengua y ayudándola a tragar del vaso de agua. Quizás no era el mejor momento, pero llevaba demasiado postergándolo.

—Mamá, mañana tengo que salir un rato. Un par de horas, como mucho, vendrá una chica para estar contigo — dijo sin tomar aire, la voz temblorosa, sintiendo la vergüenza de una niña que estuviese pidiendo permiso para pasar la noche con sus amigas; una adolescente en el cuerpo de una sexagenaria.

Su madre enarcó las cejas. Carraspeó. La penumbra de la sala de estar le daba una apariencia fantasmagórica, tanto a ella como a su camisón negro y ajado.

—¿Quién es esa chica?

—Una mujer joven y encantadora. Ya lo verás.

—¿Y por qué vas a irte?

Contemplando el rictus serio de su madre tuvo que meditar la respuesta. Posó el vaso sobre la mesa y se fijó en la pantalla del televisor, que emitía unos anuncios.

—No será mucho, de verdad. ¿Quieres ver algo en la tele?

Un suspiro emergió de la boca de su madre. Era poco más que un gruñido, aunque fue capaz de entender algunas palabras:

—Es que es lo natural. Que estés aquí, conmigo.

Aquella noche resultó imposible conciliar el sueño. Y no sólo por la ansiedad ante la inminente cita, sino porque su madre se encargó de mantenerla despierta: necesito ir al baño, me duele aquí, dentro del pecho, ¡no puedo respirar!, me duele todo, por favor, me duele, llama a un médico, que no aguanto más.

Repasa esas imágenes mientras se despide del hombre en la puerta del restaurante. Pronuncia una nueva negativa, esta vez con especial intensidad, sacudiendo

la cabeza. Él la observa con los ojos muy abiertos y endulza el tono para tratar de convencerla:

—Entiendo. Estás cansada. Puedes venir a casa si quieres, tengo un par de botellas por estrenar.

El pulso se le acelera. Ir a su casa, pasar la noche juntos, oler el perfume de su cuello. Son ideas que le excitan y que están a punto de empujarla hacia los brazos del hombre, pero la imagen de las facciones de su madre, su rostro de pájaro, se le aparece en la mente y la obliga a mover de nuevo la cabeza a izquierda y derecha.

—Lo siento, podemos vernos otro día. Mañana, pasado, la semana que viene...

Y antes de escuchar la respuesta se encamina hacia casa.

Allí encuentra a su madre dormida, los ronquidos traspasando la pared del dormitorio. Se despide de la chica y entra en su habitación para tumbarse en la cama y abandonarse al sueño. Cree oír la radio durante la duermevela. Seguramente fue producto del cansancio o de las emociones vividas, pensará al día siguiente.

Se trata de un aparato pequeño, que prácticamente cabe en la palma de la mano. Color oscuro, un solo botón que sirve para apagarlo o encenderlo, una ruedecilla para cambiar de frecuencia, una ruedecilla que ahora se atasca, que no funciona del todo, pero que mucho tiempo atrás resultaba cómoda y cumplía a la perfección con su cometido.

Fue su padre el encargado de comprarlo y de traerlo a casa. La primera vez que lo vio fue sobre su regazo. Ella lo observaba mientras escribía en el cuaderno de deberes, la punta del lápiz bien afilada, rasgando el papel, pero la mirada fija en el lado contrario de la mesa, donde su padre giraba y giraba la ruedecilla con la yema de los dedos, como si estuviese acariciando a un cachorro.

Al principio le causaba desconfianza. El aparato expulsaba toda clase de ruidos: hombres y mujeres que hablaban casi a gritos, otros que lo hacían en bisbiseos, normalmente a altas horas de la noche, también había anuncios y programas de noticias, y por supuesto música, demasiada música, una variedad de canciones y melodías que ella no sabía o no quería apreciar.

En su mente se iban atornillando cada uno de esos estímulos. Da igual que fuese la hora de la cena, o nada más llegar del colegio, o poco antes de marcharse a dormir; la radio comenzó a estar presente en cada uno de los quehaceres de casa.

Pronto comprobó que a su madre le entusiasmaba aquella compañía. Se percató durante una de esas mañanas en las que solía encontrarla en la cocina desde bien temprano. Estaba pelando unas patatas, el delantal manchado, la encimera salpicada de pedacitos de piel; y la música, por supuesto, esparciéndose a lo largo de la estancia.

Su madre tataba la melodía y usaba el cuchillo para cortar porciones muy pequeñas, parecía seguir el ritmo que marcaba el transistor.

—No tardes mucho en llegar — decía sin dejar de cortar las patatas, mientras ella cogía el bocadillo y lo metía en la mochila — comeremos los cuatro juntos, papá saldrá antes del trabajo y tu hermana seguro que puede aparcar un rato los estudios.

No respondió, se limitó a contemplar su apariencia en el espejo, revisando que el uniforme no tuviese arrugas. A pesar de ello era consciente de la enorme sonrisa que iluminaba el semblante de su madre. No hallaba explicación a tanta felicidad, tampoco se sentía partícipe de la misma, e incluso echaba de menos los momentos de silencio y quietud.

Detestaba la radio, era evidente que la detestaba, un odio animal que aparecía como un acto reflejo, sin aparente explicación, pero que se volvió más intenso la noche en la que perturbó su descanso. Era imposible conciliar el sueño si la guitarra continuaba sonando, así que saltó de la cama dispuesta a solventar el problema por sí misma. Ya inventaría alguna excusa al día siguiente, ya daría explicaciones si es que se las exigían.

Atravesó el pasillo apretando los puños y con la frente ardiendo, como si una repentina fiebre la acabase de poseer. Tuvo que avanzar a tientas porque estaba casi a oscuras. Sabía, eso sí, que el ruido llegaba desde el salón. Caminaba de puntillas para no alertar a sus padres ni despertar a su hermana, pero le llevó unos pocos segundos alcanzar la puerta que daba paso a la sala de estar.

Se colocó detrás del marco porque la estancia estaba totalmente iluminada. Desde su posición, sin apenas erguir la cabeza, podía contemplar lo que allí dentro sucedía. Le resultaba extraño que estuviesen despiertos a esas alturas de la noche.

Sus padres se situaban en el extremo contrario del habitáculo, pero era posible ver las dos sombras impresas en la pared. Estaban agarrados el uno al otro, juntos, muy juntos, y no se separaron ni un centímetro, al contrario: bastaba con que la melodía se intensificase para que se uniesen más los cuerpos; y así lo hicieron hasta formar un contorno único, una realidad en la que ambos sudaban en la piel del otro; movían sus piernas a la vez, se bamboleaban al mismo tiempo, reducían o aumentaban el ritmo de la coreografía siguiendo los caprichos de la música.

Era un baile sin estridencias, pero también carente de tropiezos y de movimientos temblorosos. La secuencia se alargó durante unos minutos, lo suficiente como para tranquilizarla y hacerla regresar a la cama envuelta en un sosiego que rara vez había experimentado.

—No veo nada especialmente preocupante. Son despistes normales, propios de la edad — dice el doctor tras salir del dormitorio.

El médico empieza a guardar sus instrumentos en un maletín, y lo hace con la misma ligereza que un electricista, un fontanero o cualquiera que se dedicase a reparar los achaques de una casa. Ve que la oportunidad se esfuma, y cuando hace el amago de despedirse de ella para encaminarse a la puerta lo detiene con otra pregunta.

—Pero entonces... ¿no se puede hacer nada?

El doctor enarca las cejas, vuelve a dejar el maletín en el suelo, suspira:

—No se puede hacer nada contra el paso del tiempo, ¿qué le voy a decir? Disfrute de ella ahora que pueden estar juntas.

Disfrutar. Piensa en la palabra disfrutar, la paladea, la llena de saliva, y al repetirla mentalmente no da crédito. Disfrutar. ¿Cómo va a sentir una emoción semejante si los últimos meses han transcurrido con el sufrimiento de una penitencia?

Los dolores se habían vuelto más frecuentes, también las amenazas y los insultos. Y no sólo en casa, sino en cualquier situación. Pasear por el parque ya no era una actividad agradable con la que podía romper la rutina. Al esfuerzo de empujar la silla de ruedas se sumaban las quejas de su madre:

—Quiero volver, ¿cuánto llevamos aquí? Tengo frío y quiero volver — decía con voz ronca, aferrándose a los brazos de la silla.

Hizo caso omiso. Deseaba disfrutar del trayecto, estirar las piernas y oír el canto de los pájaros. El sol acariciaba su rostro, las hojas de los árboles se movían con cada suave vibración del aire.

—¿No me escuchas? ¿Es que quieres matarme?

Tuvo que frenar en seco. Los gritos comenzaban a ser escandalosos, el resto de los transeúntes giraban disimuladamente la mirada para prestar atención a la escena.

—Claro, eso es lo que quieres, deshacerte de mí de una vez, ¡porque soy vieja! — continuó exclamando.

—Mamá...

Trató de acariciar su rostro, que se tranquilizase, pero la anciana se apartó con un movimiento brusco que hizo tambalear la silla de ruedas.

—¿Sabes lo que te digo? Que seré yo la que lo haga. Un día llegarás a casa y no estaré.

Muerta de la vergüenza evitó contestar. Regresó manteniendo la cabeza gacha y soportando toda clase de improperios. Era consciente de que la estaban mirando, que iban a juzgarla, por eso aceleró el ritmo de su caminar. Las pulsaciones no se le rebajaron hasta llegar al portal de casa.

En el ascensor su madre la escrutó con la boca torcida y un mohín de extrañeza; tenía los ojos vacíos. No se atrevió a hablar con ella, lo único que pudo hacer fue acostarla poco rato después. Sin embargo, aquel rictus de desconcierto permaneció clavado en su mente durante semanas y semanas, y como se repitió en varias ocasiones optó por llamar a un médico.

Ahora el doctor está muy cerca de marcharse y ella tiene que insistir:

—Pero nunca quiere comer. Ha perdido mucho peso y no consigo que pruebe bocado. Y a veces...

—A veces, ¿qué? — pregunta el médico cargando de nuevo con el maletín.

—A veces ni siquiera me reconoce. O me confunde con mi hermana.

—Es normal — contesta el doctor encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que es normal? ¿No se puede hacer nada?

—¿Qué quiere usted hacer?

El semblante del hombre se torna sombrío. Su aliento huele a una mezcla que no sabe descifrar, tal vez a medicina, a jarabe. Intenta no distraerse y pensar cada palabra antes de pronunciarla, pero no puede evitar expresarse de forma atropellada.

—He leído que para algunas enfermedades es posible... bueno, ya sabe, hacerlo un poco más fácil.

—Su madre no tiene ninguna enfermedad.

—Pero está muy mal, y estoy segura de que no quiere sufrir así.

El médico resopla, se muerde los labios, comienza a caminar hacia la puerta.

—Tengo que marcharme.

—Lo siento, no es lo que...

—Es mayor, sencillamente es lo que ocurre: una mujer mayor, ¡y usted quiere recurrir a algo que no tiene vuelta atrás! No es así como se deben plantear las cosas. No es lo natural.

Esta vez no puede o no sabe detenerlo. El médico se marcha de casa y ella se derrumba en el sofá. Es cierto que la idea le lleva picoteando los pensamientos desde hace meses, pero ahora se siente estúpida por haberla deslizado. Y en voz alta. Y delante de un médico. Y con su madre durmiendo al otro lado de la pared.

¿Qué pensará de ella el doctor? Que es un monstruo, que sus intenciones son malvadas, que es incapaz de amar a su madre.

Imposible adivinar la opinión del doctor, si ni ella misma sabe cómo juzgarse.

Llegando del instituto y dejando la mochila en la habitación; sorprendiéndose por el inesperado silencio que invade cada rincón de la casa; leyendo la nota que han dejado sus padres pegada en el frigorífico: estamos fuera, llegaremos tarde; feliz ante la perspectiva de un día en soledad, unas cuantas horas en las que va a poder preparar los

próximos exámenes; anotando las respuestas en un pedacito de papel y cosiéndolo en la falda del uniforme de modo que nadie podrá reparar en él.

Tumbada en el colchón horas después; escuchando los cuchicheos de sus padres, percibiendo que uno de los dos llora, que quizás lo hacen ambos; asumiendo que efectivamente tanto su padre como su madre están llorando.

Sobreviviendo a los meses siguientes, tratando de aparentar calma y entereza, pero muerta de miedo; contemplando imágenes que nunca había imaginado: su padre quedándose sin pelo, su padre gritando de dolor en cualquier momento del día, la silueta de su padre volviéndose enclenque y huesuda, su padre completamente calvo, su padre descansando en el sillón horas y horas, siempre en pijama, famélico; y su madre desesperada, diciéndole a su hermana en voz baja: yo así no quiero acabar, a mí no me hagáis pasar por esto, yo me quito de en medio antes o lo hacéis vosotras por mí.

Oyendo la voz de la profesora pronunciando su nombre, asimilando que se refiere a ella, que efectivamente se trata de su nombre, negando con la cabeza y tapando el papelito con la palma de la mano, improvisando una excusa con la que defenderse porque teme que vuelva a golpearle los nudillos con la regla, levantándose poco a poco del asiento porque la profesora no deja de repetir su nombre y lo hace con un tono de voz ansioso.

Sobrecogida porque encuentra a su hermana esperándola en el pasillo, aterrorizada porque está llorando y le dice: sube al coche que nos vamos.

Tirada en el asiento de copiloto, escuchando los sollozos de su hermana, su manera de sorber los mocos mientras trata de sujetar el volante, prestando atención a las explicaciones que escapan de sus labios: no ha podido más, ya sabes que estaba muy malo.

Presenciando cómo su madre guarda la radio en uno de los cajones del armario y jamás vuelve a presionar el botón o a girar la ruedecilla, siendo testigo de cómo su ropa va oscureciendo y oscureciendo hasta hacerse totalmente negra, todas las prendas negras, los gestos negros, las sonrisas negras, la existencia negra.

Haciéndose viejas las dos, peleándose cada día las dos, envenenándose las dos, sintiéndose gordas e inmensas entre las paredes de casa, las dos, por supuesto las dos, sólo las dos, ¿y su hermana?, preguntándose dónde está su hermana, ¿qué ha sido de su

hermana?, viendo a su hermana cuatro o cinco veces al año, detestando a su hermana, odiando a su hermana.

Es un odio sostenido en el tiempo, una emoción visceral que debe contener en las escasos momentos que comparten. Por eso centra sus energías en remover la cucharilla en la taza de café. Mojarse los labios y notar el calor arañándole las comisuras también funciona, aunque su hermana lo estropea en cuanto abre la boca.

—Pues yo la veo bien, de hecho, la veo de maravilla — dice mientras levanta la mano para avisar a uno de los camareros, que no obedece a su señal porque la cafetería está repleta.

La aseveración le parece un insulto, pero ha de hacer un esfuerzo para que su madre no se percate de las emociones que le revuelven el estómago. Está ahí, junto a ellas, sentada en la silla de ruedas y bebiendo de un vaso de agua.

—Te entiendo, pero hay que tener paciencia... — añade su hermana sin bajar el brazo — joder, no se enteran de nada, ¿es que nadie va a venir a cobrarnos?

Días atrás le había insistido para que les hiciese una visita. Mamá está cada vez peor, no creo que aguante mucho, pregunta por ti y a veces nos confunde, le advirtió albergando la esperanza de que al menos se dignase a aparecer en casa. Finalmente han tenido que citarse en una cafetería: es que estoy muy ocupada, es que tengo muchas cosas que hacer, mejor aquí que me pilla de camino, contestó.

Los camareros van y vienen, pero ninguno termina de acercarse a la mesa. El volumen de las conversaciones aumenta a medida que transcurre la tarde y les dificulta la charla. Se atreve por fin a hablar, mirando de reojo a la silla de ruedas:

—Necesito decirte algo... las dos... a solas, me refiero, porque...

—¿Para qué? — interrumpe su hermana — Si está estupenda, ya me gustaría encontrarme así a su edad.

Desea arrebatarle la razón, enumerar las dificultades a las que se ha enfrentado durante las últimas semanas. El sufrimiento de su madre. El deterioro. Sin embargo, acaba perdiendo la oportunidad:

—¡Ah, ya entiendo! Supongo que os falta... no te preocupes, mañana os hago el ingreso. Joder, y voy a pagar en la barra, que estos desgraciados no quieren trabajar.

Se quedan solas en la cafetería. Da un último sorbo a la taza con la intención de irse, pero entonces nota que una mano se posa sobre la suya. Una mano cubierta de venas, de manchas, una mano fría como la de un muñeco. Luego, un susurro que logra oír a pesar del ruido:

—Tu hermana... qué buenecita es. Lo ocupada que está y... tu hermana me quiere.

—Yo también te quiero, mamá — murmura con la boca entreabierta, sintiendo los dedos fríos sobre su mano, un pulso que se desmigaja.

Se aleja con paso decidido y la respiración entrecortada. El impulso de regresar paraliza sus músculos cada pocos segundos, pero logra mantenerse firme y llega a casa del hombre a la hora indicada.

Cualquier atisbo de culpa o arrepentimiento se desvanece al sentir el tacto de sus labios en las mejillas, la barba canosa haciéndole cosquillas cuando le roza la piel. Resulta evidente que ambos se han acicalado a conciencia. Ella con el rostro bañado en maquillaje y él luciendo una camisa impoluta, desprovista de arrugas. El piso permanece limpio, los libros ordenados en las estanterías, olores del todo agradables emergen de la cocina.

Durante la cena olvida lo ocurrido esa misma tarde. ¿De qué le sirve recordar la llamada infructuosa a la chica? Sí, se puso en contacto con ella para que cubriese el vacío que iba a dejar en casa: no puedo, hoy tengo otro trabajo, hoy no puede ser, le dijo unas horas atrás. Aquellas palabras habían martilleado su mente, pero ahora no eran más que un leve aleteo en su memoria, quizás porque las sonrisas del hombre tenían color y hacían ruido, acaso por la electricidad que notaba cada vez que su mano pasaba muy cerca para llenarle de nuevo la copa.

También borra la mirada que le dirigió su madre tras acostarla en la cama. Decidió no advertirla, estaba convencida de que no iba a percatarse de su ausencia.

Serían unas horas y con suerte no necesitaría ayuda en ese preciso momento. Se fijó en el brillo de sus ojos, dos pupilas que emitían un destello de sangre en la oscuridad de la habitación, dos pupilas que la persiguieron hasta que cerró la puerta y de las que sólo pudo deshacerse en casa del hombre, concretamente cuando se sentaron en el sofá después de la cena y él posó los dedos sobre su rodilla.

No, lo cierto es que no hay lugar para la culpa o la preocupación porque los labios se enganchan y dentro de las bocas empiezan a crecer y a reventar burbujas de saliva.

Y las pupilas de su madre son incapaces de verla ahora, justo cuando los dos cuerpos se unen entre las sábanas.

Y los gritos de dolor no se escucharían allí, quedarían silenciados por los gemidos.

Ni siquiera piensa en ella después de cerrar los ojos y abocarse a un sueño profundo.

Se siente liviana, se considera libre.

Al menos durante un par de horas.

Lo que tarda en despertar sobresaltada, encender la pantalla del móvil y comprobar que está a punto de amanecer.

Un miedo repentino y fatal empieza a morderle el estómago mientras busca su ropa en el suelo.

Se despiden con un largo beso y la promesa de volver a cenar juntos. El olor del perfume del hombre se mantiene en el aire incluso en la calle, y le asusta perderlo cuando sube a un taxi y comienza a alejarse.

El estómago se le pone del revés cruzando el portal y subiendo en el ascensor. Hay un ambiente viciado, una oscuridad en los pasillos que no había percibido otras noches. Abriendo la puerta de casa siente una opresión en el pecho que le impide respirar, para colmo las llaves se le resbalan de los dedos y hacen ruido antes de tocar el suelo.

Teme haberla despertado. Además, se percata de que no están sumidas en un silencio absoluto. Una melodía suave emerge desde alguna de las estancias. Pronto advierte que se trata del dormitorio de su madre. Apoyándose en el quicio de la puerta confirma que es, de nuevo, la guitarra.

Esta vez su presencia no se percibe tan cercana. Imagina que el transistor se encuentra debajo de la almohada o de un cojín, acaso en alguna esquina de la habitación que no se atreve a explorar, aunque no llega a comprobarlo porque una fuerza más poderosa que ella la retiene en la misma posición, petrificada a tan solo un paso del dormitorio.

Le resulta extraño que no haya llantos ni quejas por parte de su madre, que se imponga una aparente tranquilidad en la escena, incluso los acordes le transmiten una sensación de sosiego.

A un volumen mucho menos intenso que el de la música cree oír la respiración de su madre. Es como un suspiro, un rumor apenas perceptible que tarda varios segundos en repetirse.

El habitáculo está a media luz, quizás la lámpara de la mesita de noche permanece encendida, tal vez su madre esta incorporada o tratando de ponerse en pie. Podría averiguarlo alzando la cabeza, pero es que no se atreve, es incapaz por mucho que la curiosidad la empuje a descubrirlo.

Y así se mantiene a lo largo de un tiempo indeterminado, quieta, muy quieta, la cabeza gacha, disfrutando de la música. Si pudiese reunir el valor suficiente como para asomarse a la habitación o al menos lanzar una mirada de soslayo contemplaría una imagen extraordinaria. Lo primero en lo que se detendrían sus ojos sería en las sombras impresas en la pared, dos contornos oscuros y de gran tamaño que se acercan el uno al otro, que avanzan y retroceden siguiendo los acordes de la guitarra, que vacilan y se balancean antes de unirse y crear una sola figura. También se fijaría en la respiración, un eco que se acompasa al de la música, ambos cada vez más débiles, cada vez más imperceptibles, prácticamente insignificantes porque están silenciándose, silenciando, silencian, silen...